



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 18. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Mayo 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
Haciendo la suscripción por medio de los Correosales:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:		Haciendo la suscripción en la misma Administración ó por carta certificada:	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »		Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »			
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »			
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.				PROVINCIAS.	
Un año... 36,00 ptas.		Un año... 21,00 ptas.				Madrid: Un mes, 1,50 pesetas.	
Seis meses... 18,50 »		Seis meses... 11,50 »				Provincias: Tres meses, 4,50 id.	
Tres meses... 9,50 »		Tres meses... 6,00 »					

SUMARIO.

Jacinta Pezzana-Gualtieri, por la Condesa de Araceli.—Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia.—Clemencia, por Isabel Cheix.—Las nieves de los Alpes, por Nicasio Alvarez.—Los tres artistas, por Eduardo Lopez.—A Zaragoza, poesía, por Julian Romea.—El antifaz de terciopelo, por E. Feijó y de Mendoza.—Explicación del figurin.—Variedades: Los perros, por Felicia.—Correspondencia.—Charada. GRABADOS.—Jacinta Pezzana.—Guttenberg.—El taller.—Episodio de la guerra de la Independencia.—Los aludes.—Los perros.—Rodaja de sacar patrones.

JACINTA PEZZANA GUALTIERI.

Por fin la estrella Italiana, la maga que mueve á su antojo los corazones, la que recorre el mundo coronada de laureles y pisando alfombras de flores, la eminente Jacinta Pezzana se halla entre nosotros, próxima á fascinarnos con su talento, como acaba de fascinar al público de Barcelona.

Antes de dar, como prometimos, una sucinta biografía de esta encantadora sirena, cuyo retrato enaltece hoy las páginas del CORREO, vamos á transcribir algunos párrafos de la *Crónica*, periódico de aquella localidad, para que nuestras lectoras puedan formarse una idea del entusiasmo que allí ha producido.

«A la sublime decision, á la noble actitud, al poderoso acento, á la mágica mirada, á la exhuberante manifestacion del genio, mejor dicho, que Jacinta Pezzana explotaba con toda su fuerza, el público, entre atónito, admirado y sorprendido, con frenéticos aplausos unánime y entusiasta cedió desde luego á esta artista la palma de la Rachel y de la Ristori. Es que tenia delante, fundido en ella sólo, en la señora Pezzana, el genio de ambas artistas, sin que por esto la abandonase un sólo instante el peculiar carácter de su esquisita escuela: es que, extraña á los aplausos y á las grandes sorpresas, va siempre recta al fin, que no es otro que, despues de profundamente estudiado un carácter, presentarlo continuo, entero y acabado hasta el último detalle.

Vista una sola vez la señora Pezzana, no se la abandona ya un instante: arrastra, mejor que atrae, de una manera fascinadora: es la expresion del mundo antiguo que se os aparece palpitante de interés como la época presente; es el drama del desierto, que se despliega ante nuestros ojos con toda su salvaje elocuencia; es el amor, son los celos, la venganza, esa eterna diosa del corazon humano, todo

natural, verdad todo: es, en fin, la señora Pezzana, la sublime, la privilegiada artista que todo lo puede; que hace llorar cuando llora y reir cuando rie, y que espanta cuando se enfurece; pero que atrae y domina al espectador y le subyuga, sea cual fuere la pasion que pinta.

Inútil seria pretender confiar á la pluma la mision de dar al lector una idea del efecto que causa el privilegia-

Esta admirable artista nació en Turin en 1844, y he aquí cómo un elegante escritor español, en un folleto recientemente publicado, da cuenta de las particularidades de su vida, tomando sus noticias del periódico *La Strenna Veneziana*:

II.

«A mí me desazona en extremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere expresar, y rompe y desgarrá los oídos del vulgo rudo: que sólo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito... Ni seas tampoco demasiado frio: tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y ésta á la accion; cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza, un espejo en que vea la virtud su propia forma: el vicio su propia imagen, cada nacion y cada siglo, sus principales caracteres.»
HAMLET.—Traduccion de Moratin, acto 3.º, esc. 8.ª

«Tan justos preceptos de arte dramático dictaba el desconsolado príncipe de Dinamarca, en medio de las sutiles y desesperadas conclusiones de su genio; y excéptico en arte como en moral, censuraba los defectos comunes á los cómicos de todos tiempos y naciones. Ciertamente que si Hamlet hubiese oido una sola vez á la Pezzana, hubiera encontrado el ideal dramático de sus sueños.

Ha dicho Enrique Heine que la señal del verdadero ingenio en Bellas Artes, es el ser fácilmente comprendido por las muchedumbres; de la Pezzana puede decirse, que tan comprendida y aplaudida ha sido por el sabio, cuyo juicio vale

bastante más que el de un teatro entero de vulgar gente.

como por el pueblo, que se conmueve y admira, por el pueblo á quien no conmueven, si no las cosas grandes y sublimes.

Con verdadero dolor vemos oscurecerse y desaparecer las brillantes estrellas del teatro italiano. Tras de Carlota Marchioni, abandonaba la escena Gustavo Módena; tras de Gustavo Módena, Adelaida Ristori. ¡Quién, sino la Pezzana, puede ocupar su puesto, hoy que la Ristori ha dejado el teatro? Puede afirmarse sin género alguno de duda, que la Pezzana no tiene rival. Los franceses estaban orgullosos de la Rachel, y la Italia puso en frente á la Ristori, hoy podemos presentar ante la misma Francia, que ambiciona la primacia en el arte dramático, á Jacinta Pezzana-Gualtieri.

Puede decirse que la Pezzana ha nacido con el sentimiento del arte; la artista se habia manifestado en ella desde su primera juventud, y el trabajo incesante de su imaginacion, la impaciencia febril de su alma y la necesidad de esperar un porvenir, que unas veces se le apare-



JACINTA PEZZANA-GUALTIERI.

do talento artístico de tan consumada actriz; la imaginacion se pierde en el laberinto de sensaciones que produce: cada una de sus miradas, cada accion, cada palabra, viene á ser el resumen de una serie indeterminada de estudios estéticos, imposibles de reseñar. ¿A qué intentarlo, pues?—«Id á verla los que no la hayais visto, puesto que los que han tenido este placer de seguro que no desaprovecharán cuantas ocasiones se les ofrezca de volver á admirarla: id á verla.»

cia radiante de luz, y otras envuelto en tinieblas, revelaban el alcance de un genio.

Toda su dicha, cuando niña, consistía en encerrarse sola en un cuarto, adornarse con telas de vistosos colores, mirarse con cierto cuidado al espejo, andar con cierta dignidad, imitar ciertas actitudes y recitar trozos de comedias de que no se daba cabal cuenta; pero que así confusamente tenían para ella un sentido de algo ficticio, de algo que no era la vida real. Esta tendencia desapercibida, este deseo de la representación, que nace con el hombre y que todos hemos sentido, era el ideal supremo de la vida de la Pezzana, era su más ardiente necesidad; lo demás era ilusión, sueño. Y cuando su padre, en el seno de la familia, hablaba de Gustavo Módena, que por aquel tiempo entusiasmaba, Jacinta, apoyadas las manecitas en las rodillas de su padre, le escuchaba entreabiertos los labios, fijos en él los ojos. Aunque virgen todavía de toda impresion, sentía que le faltaba algo que no acertaba á comprender.

Frisaba en los ocho años, cuando una persona de su familia la llevó por primera vez al teatro, donde se representaba *La huerfanita de los Alpes*. Un nuevo horizonte se abrió ante sus ojos; sintió que la vida real no le bastaba, que tenía necesidad de la vida ficticia que se desenvuelve en la escena, y los personajes de aquella comedia se le aparecían en sueños, le daban fiebre, le arrancaban lágrimas. Un día llamó aparte á su hermano, y llorando le rogó que la admitieran en la Academia filodramática, de la cual era socio aquel. Fué admitida, hizo sus pruebas, pero la Academia sentenció gravemente que la niña no tenía disposición alguna para el arte. Verdi fué despedido del Conservatorio de Milan como inepto. No hay que fiarse de las Academias.

Imagínese quien pueda cuál sería su desconsuelo: lloró, devoró en secreto la rabia, y quién sabe si meditó en secreto alguno de esos infantiles suicidios que tantas veces vienen á las mientes en los albores de la vida, pero que hay siempre el buen sentido de no llevar á cabo.

Afortunadamente, la Sra. Carolina Malfatti vino á consolar su dolor; recibíendola en su escuela de declamación. Y aquí empieza su carrera artística. Una agitación, un ansia ardentísima, se apoderaron de su alma: su nombre aparecía en las muchísimas representaciones que aquella egrégia dama daba á beneficio de los pobres.

En 1860, murió su madre: esta pérdida, unida á los reveses de la fortuna, enseñó á la Pezzana lo que es el verdadero dolor, y lo apreció demasiado pronto. Pero no desmayó; comprendió que en medio de la adversidad nacen las grandes cosas y los caracteres fuertes, como la rosa entre espinas, y comenzó en su alma esa lucha interna del hombre que se ve solo y sin apoyo en el mundo, con un porvenir incierto é indeterminado. En esta nueva batalla de afectos y pasiones renació en su corazón el amor al teatro, más riguroso y más ardiente que nunca, si posible era.

Decidió socorrer á su familia con el arte, y entró en la compañía Toselli. El bueno de Toselli comprendió el ingenio y el tesoro de afectos que se encerraban en aquella jovencita tímida é indecisa, que pisaba por vez primera las peligrosas tablas del palco escénico, y la acogió como á una hija.

Parecía que el rudo y militar dialecto piamontés no había de prestarse á la comedia y al drama, cuando Federico Gareli, por encargo de Toselli, escribió *Guerra ó paz*, con la cual principió aquella serie de escenas íntimas y afectuosas que tanto conocimiento del corazón revelan, y en las que tan á lo vivo están descritas las miserias y las alegrías de la gente pobre. Tras de Gareli, Pietracqua; tras de Pietracqua, Bersezio. El teatro piamontés estaba fundado y había encontrado en la Pezzana y Toselli dos grandes intérpretes, que enseñaron la manera de recitar sin artificio y sin esfuerzo para conmover el corazón é ilustrar la inteligencia. Hasta entonces, aparte algunas honrosas excepciones la declamación estaba reducida á un esfuerzo convencional, y el pueblo, que había aplaudido el retumbar sonoro de las *rr*, sintió palpitante su corazón ante el espectáculo de aquella vida tan sencilla y con tanta verdad reproducida.

Dondini comprendió que se podía introducir esta sencillez aún en el Teatro Nacional, contrató en su compañía á la Pezzana y la puso al lado de Ernesto Rossi. Fué un fausto acontecimiento para la vida artística de la joven actriz, pero triste para su noble corazón.

La Pezzana pasó del humilde teatro *Rossini*, á la compañía Dondini, cuyo mayor ornamento llegó á ser, y posteriormente á la de Bellotti-Bon, en la que hizo la delicia de los públicos de Italia.

III.

Entre tanto, su padre había muerto, y encontrándose sola en el mundo, se unió á un hombre egregio, á Luis Gualtieri. El afecto que la Pezzana profesaba á Gualtieri, era afecto de artista. Un día le fué presentado este joven y modesto escritor; le acogió benévolamente, y con su habitual franqueza empezó á hablarle de sus trabajos, que le eran conocidos.—*Caro signor Gualtieri* (llegó un momento en que le dijo la joven artista) os estimo mucho, porque he oído hablar muy mal de vos á muy mala jente.—Esta sincera confesión fué la primera palabra de sus corazones: se asomaron desde aquel día, demostrando una vez más cuán cierto es que dos almas escogidas se entienden desde el punto en que se encuentran.

En la compañía de Dondini y en la de Bellotti-Bon, la Pezzana había dado pruebas de gran talento, y no escasearon los apretones de manos de hermosas damas, apuestos galanes y viejos *laudatores temporis acti*: estos aplausos la halagaban; pero no estaba del todo satisfecha. Faltaba algo á su alma: era una aurora que hacía preveer un espléndido día; pero la Pezzana no había llegado aún á aquella altura que alcanzó poco después: no había olvidado todavía los bocetos piamonteses, y los trajes de gran dama la estorbaban algún tanto.

Se encaminó á Nápoles, y Nápoles ha fecundado su ingenio.

«*Georgio mio*, (decía Buonaroti á Jorge Vasari) si alguna cosa buena hay en mi ingenio, lo debo al haber nacido en nuestro país Arezzo y respirado sus puros aires.» Otro tanto podría decir la Pezzana de los floridos y perfumados senos del Tirreno, de las espléndidas playas de Mergellinas, de Pausilipo y de Capri y de la armoniosa serenidad de las noches de Nápoles.

Cada artista tiene una patria ideal, una patria á la que aspira en los sueños de su fantasía, una patria que recuerda siempre y que siempre ansía volver á ver, como el suizo suspira por saludar su monte. La patria de Jacinta Pezzana es Nápoles. Los países meridionales trasforman y se asimilan á quien los habita: en medio de aquella naturaleza tan bella y tan variada, no hay más remedio que adoptar las costumbres del país.

Cuando la Pezzana vió á Nápoles, creyó encontrarse en aquel mundo ideal que tantas veces había soñado: sus aspiraciones, sus ideas, sus sentimientos, se encontraron en relación con la naturaleza de aquel cielo, de aquel mar, de aquella tierra. Los verdaderos artistas son espíritus enfermizos, seres incompletos, que esperan la perfección y la fuerza del genio, del efecto de una enfermedad moral. Se ha dicho que, así como la perla nace de una enfermedad de la concha, así el arte surge de las infinitas visiones, de las luchas morales, de la fiebre del ánimo. El genio artístico de la Pezzana alcanzó su mayor grado de desarrollo durante su permanencia en Nápoles. La grande artista se inspiró en el azul trasparente de aquel mar estrellado, en las noches de los gusanos de luz, ante los maravillosos prodigios de la vegetación, y aspirando el perfume de las magnolias y del azahar un rayo de poesía iluminó su frente. Pero en cambio de estas encantadas escenas, ni se debilitó su espíritu, ni entonó cantos de desaliento á la luna, ni, en fin, se perdió en desconsolados sollozos, triste privilegio de las almas débiles. Desde aquel momento, un nuevo horizonte se abrió á la vida íntima de su entendimiento.

Nápoles había fecundado el genio artístico de la Pezzana, había llegado esta á ser una gran actriz, y las ardientes pasiones del corazón humano, el amor, los celos, la venganza, el odio, encontraban en ella una verdadera intérprete.

La habíamos oído en las compañías de Dondini y Bellotti-Bon, y la habíamos admirado; pero todos comprendían que había de ir mas adelante, que con el genio de la Pezzana se podía hacer mas, se podía llegar al mas alto punto. La hemos oído á su vuelta de Nápoles; ¿y qué diremos que no sepan todos los que la han oído y admirado su fuerza de imitación, así del más sencillo y familiar afecto, como de los más vivos y ardientes ímpetus de la pasión humana? La Pezzana es una artista que siente y hace sentir en el ánimo, el afecto, el dolor, todas las generosas pasiones, y nos hace asistir á escenas que parecen creadas en su inteligencia, al calor de su corazón.

No solo interpreta admirablemente todas las producciones, sino que crea situaciones nuevas, con los delicados y nuevos matices que le dicta su exquisito sentimiento; posee, en una palabra, la elocuencia del alma. Aún en algun drama imperfecto se revela la grande actriz, y trasforma é infunde nueva vida en la pobre creación del poeta.

Hay en el acento de la Pezzana un no sé qué de mágico y de melódico, posee una de aquellas voces, que

cundo se oyen hieren todas las fibras, hasta las mas escondidas del corazón, y su fisonomía revela por completo la elevación del ánimo y del genio.

Reproducimos aquí con placer algunas palabras de un brillante y agudo crítico teatral, acerca de la Pezzana: «Imaginaos, dice, el mas perfecto y acabado tipo de la mujer del pueblo elevada á la esplendidez de la inteligencia y del trabajo, y ennoblecida lentamente por el dulce ambiente del amor... figuraos la crisálida en el instante de salir al aire libre con toda la pompa de sus alas de mariposa, y no habreis llegado á formaros sino muy pálida idea de la gracia, de la viveza, de la frescura, de aquella aparición de inteligencia y de delicadeza femeniles. La Pezzana, con aquellos ojos que rien ántes que la boca, con aquellos labios que hablan ántes que la lengua, no se limita á comunicar calor á las frases mas pálidas, sino que da el claro-oscuro, el toque, el relieve... el cambiante, si me es permitida la metáfora, á todo lo que expresa. La trasformación de la mujer en señora, de la niña en amante; de la humilde hija del pueblo en señorita, la presenta con una evidencia, con una verdad, con una gracia completamente nueva; propia de una consumada artista... es una actriz que habla con una inclinación de cabeza, con un encogimiento de hombros, con un movimiento de brazos; habla con la fisonomía móvil cual ninguna, explica con los ojos, acentúa con las cejas... recita con las manos, y ¡qué manos!»

¿Quién no ha sentido en su vida palpar con demasiada frecuencia el corazón, quién en medio del excepticismo infundido que nos rodea, no ha sentido algo que le haya conmovido, que haya hecho brillar una lágrima en sus ojos? Este *algo*, creedlo, es el arte, es el arte abandonado, despreciado, que vive siempre en el ánimo del hombre, por más que para darse aires de hombre positivo lo desprecie; es el arte que se manifiesta en nosotros á la vista de los grandes espectáculos de la naturaleza y ante las obras del genio. Y experimentamos especialmente este sentimiento, cuando el artista dramático ilumina con nueva luz y acerca á nuestros ojos el acabado concepto de los grandes escritores. El verdadero artista algunas veces trasforma el pensamiento del poeta. Si Alfieri hubiese podido ver á Gustavo Módena en el *Orestes*, se habría admirado grandemente al ver aquellos pasos acelerados, aquella ira, aquella fiera generosamente severa, que le habrían revelado un mundo de pensamientos y de afectos que él no habría nunca imaginado. ¿Y quién no ha sentido escalofríos oyendo el monólogo de Hamlet, declamado por Rossi, ó viendo á Salvini representar la desatentada furia de Otello? ¿Quién no ha ahogado un grito de admiración viendo á la Ristori en *Maria Stuart*, y á la Pezzana en el *Chatterton* de Vigny?

En dos dramas franceses de forma y concepto distintos, y bastante desiguales en mérito, es en donde se manifiesta en todo su esplendor el talento artístico de la Pezzana: en el *Chatterton* de Vigny, y en la *Fernanda* de Sardou.

En la figura de Ketti-Bell del *Chatterton*, una de las más puras creaciones que hayan salido jamás de la pluma de un poeta, la Pezzana está siempre grande, siempre sublime. ¿Qué afecto y que reserva en su ademán, qué suavidad en aquella voz tan admirablemente modulada! ¡Cómo comprende el carácter, todo dulzura y mansedumbre, creado por Vigny! Ninguna otra actriz podría interpretar esta parte como ella: que no recita, sino habla: un ademán expresa la pasión, un gesto la lucha del ánimo: la ilusión es completa. En la *Fernanda*, cuyo ruidoso éxito en todos los teatros de Italia, es imposible describir, la Pezzana interpretó de una manera envidiable el difícilísimo papel de Clotilde, carácter de bruscas transiciones, de contradicciones rápidas, de pasiones ardientes, de violentísimos afectos, la verdadera piedra de toque, pudiera decirse, de las actrices. La ira contenida, el angustioso dolor del abandono, el inefable placer de la venganza, no se pueden representar con más verdad, y al mismo tiempo con mas fuerza: hay una escena en que Andres, un colegial, cuya inocencia raya en lo inverosímil, vuelve á casa de Clotilde, de donde acaba de salir hace un momento, para decirle que había visto á Fernanda, la vaporosa, la romántica, la virginal criatura, ante la cual el antiguo afecto de Clotilde había desaparecido. Aquí nace un equívoco doloroso: Clotilde cree que ha vuelto amante y arrepentido como ántes: está á punto de arrojarle en sus brazos y da un grito, sofocado á tiempo por la triste realidad. El que haya oído á la Pezzana en este momento sin sentir frío en los huesos, no debe tener corazón. Qué llanto en aquellos ojos! Qué desesperación en aquel grito de suprema alegría, de gran dolor!

IV.

Después de la artista veamos á la mujer. Mil veces se ha dicho, que los cómicos sienten poco ó nada, y que la

causa de su anemia moral, es el continuo fingir pasiones y afectos, alegrías y dolores. Y es la verdad: pero aún en esto hay frecuentes excepciones. Quien conoce á Jacinta Pezzana, sabe qué madre y qué esposa es, y puede dar fe de que no hay actriz ménos *actriz* que ella. Fuera del arte, que ama con verdadero culto, su alegría tiene por límite la familia y el amor de su pequeña Ada. No conoce lo que con una palabra bastante expresiva llaman los franceses *poser*: no afecta como muchas actrices una calma pesada y melancólica, un disgusto del mundo y de la humanidad.

Un paso más allá del palco escénico en que ha representado admirablemente la alegría ó el dolor, aparece tal cual es, con su carácter un tanto picaresco, con su alma franca y generosa. La Pezzana posee una fácil vena epigramática, su palabra es pronta y aguda, chanea con frecuencia: pero con chanzas que no ofenden y que solo producen hilaridad: sus ocurrencias son ingeniosas y espontáneas, nunca triviales ni trabajosas.

Entre sus más caros recuerdos, conserva un antiguo libro de comercio de su padre, donde entre el *debe* y el *haber*, escribe con un brio inimitable sus memorias y algunas observaciones sobre el arte y los artistas. Ha escrito algunas semblanzas de los actores de más boga de Italia, que son una verdadera joya: hubiéramos querido reproducir algunas aquí; pero no nos lo consintió su modestia. La Pezzana tiene un gusto artístico finísimo: ama el arte, pero no el arte afeminado y minucioso, sino el gran arte, el arte de Shakespeare, de Goethe y de Molière.

Apresurémonos á ir á aplaudirla, jóvenes amigas mías, porque pronto esta hermosa hija de Italia, surcará los mares para ir á recojer una abundante cosecha de aplausos y de flores en las poéticas ciudades tropicales.

LA CONDESA DE ARACELI.

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuacion.)

XIV.

Terrible contraste ofrecian estos dulces y pacíficos versos del sacerdote-poeta con la sombría y lamentable situación de España en aquella época aciaga y desastrosa. Muerto Fernando VII en Setiembre de 1833, la infernal discordia levantó su cabeza ensangrentada, y agitó su incendiaria tea, y dió el grito de guerra, y de guerra civil, que es la más feroz y espantosa de las guerras. Los españoles se dividieron en dos campos atrincherados, uno de los cuales escudaba y defendía con teson la cuna de la augusta huérfana, hija del difunto monarca. Los contrarios combatían esforzadamente con las armas en la mano, por sostener los derechos del infante D. Carlos.

Por entónces fué nombrado el Sr. D. Gaspar, Capellán-párroco del segundo Batallón del Regimiento infantería, *Inmemorial del Rey*, primero de línea. No bien recibió el Real despacho, y la autorización del Excmo. Sr. Patriarca y Obispo de Sigüenza, D. Manuel Fraile, salió de Alcañiz con dirección á las Provincias Vascongadas, donde su batallón era uno de los que formaban el ejército del Norte, mandado entónces por el *joven caudillo*, como llamaban los periódicos al bizarro y entendido general D. Luis Fernandez de Córdoba. Antes de dejar el vate su pueblo natal, despidióse del manso y apacible Guadalupe, con el siguiente romance, que es uno de los mejores del Sr. Bono Serrano.

AL GUADALUPE.

LA DESPEDIDA.

Adios, cristalino rio,
Adios, manso Guadalupe,
Tú, que besas de mi patria
Los antiguos torreones.
Torreones, do estrellados
Vió el musulman sus furores,
Al querer en esta vega
De Cristo eclipsar el nombre.
Aquí el denodado Alfonso
Incendió los pabellones,
En que relumbrado habia
La media luna hasta entónces.
Allí prosternado Jáime
Bendijo la enseña noble,
Que despues tremoló invicto,
Apellidando á San Jorge,
Al dominar las almenas
De la Capital, en donde
El Cid sucumbido habia
De la Parca al rudo golpe.

Allá desafia al tiempo
Gótica y osada torre,
Que su frente veneranda
Entre las nubes esconde.
Pregonero de los siglos,
Que cual torbellinos corren,
Publica de Calatrava
Los no empañados blasones.
Aún adorna su cabeza
La Cruz que sirvió de norte
A los bravos caballeros,
En cien lides vencedores.
Lápidas, que la embellecen,
Mudas anuncian al orbe
Hazañas de los Heredias,
Lanuzas y Cervellones.
En aquel sagrado templo,
Que domina con su mole,
Cual imponente coloso
El despejado horizonte;
Para atajar el incendio
De civiles disensiones;
Y elegir Monarca agosto,
Aragon congregó Córtes.
¿Quién puede Alcañiz tus glorias
Cantar en dignos loores,
Aunque en las alas del genio
Atrevido se remonte?
Tú fuiste fecunda madre
De esclarecidos varones,
Que realzarte supieron
Con sus relevantes dotes.
¿Cuál de tus amantes hijos
Tendrá corazon de bronce
Para olvidarte, aunque el cielo
Lo lleve á ignotas regiones?
¡Miserio yo, á quien ceñudo
En este dia desoye,
Cuando con mi llanto riego
La tumba de mis mayores!
Aquí en silencio han corrido
Mis tiernos años veloces,
Tranquillos, como ese arroyo,
Que resbala por el bosque.
Aquí de Laso y Batilo,
Cisnes del Tajo y del Tormes,
El caramillo apacible
Ensayé cándido jóven.
Se dispó mi ventura,
Cual fugaces ilusiones,
Con que el blando sueño halaga
En las sombras de la noche.
A Dios, cabaña querida,
Rica de paz, de oro pobre,
Que la fraticida lucha
No turbó con sus horrores.
Llegó de partir la hora
A los cantábricos montes,
Do en lid, ay Dios! intestina
Fenecen los españoles.
En vez de los dulces trinos,
Con que aquí los ruiñeñores
A los cantos del poeta
Desde la olmeda responden;
Mi corazon y mi oído
Lastimarán atambores,
Y el choque de los aceros
Y el tronar de los cañones.
Y tú, oh, río! sacro Númen,
De mis primeros acordes,
Cuando más propicia estrella
Me prodigó sus favores;
Mi endecha de despedida
Cual padre de amor acoge,
Así los campos que bañas
Eterno verdor corone.
Vuélvame el cielo á tu márgen,
Do entre adelfa y tristes flores,
Mudas mis yertas cenizas
En el sepulcro reposen.

XV.

El Vate alcañizano en su largo viaje desde el bajo Aragón al teatro de la guerra, se detuvo muy pocos dias en Zaragoza, y á pesar de esta circunstancia, no estuvo ociosa ni dormida su infatigable Musa en la ciudad heroica. En el ya citado *Mensajero aragonés* y en otros periódicos de aquella capital, publicó varios versos, que vamos á dar á conocer á nuestros lectores. En primer lugar dió á luz un himno á la virgen del Pilar, del que vamos á copiar algunas estrofitas.

I.

Alzad en este dia,
Oh cándidas doncellas,
Alzad á las estrellas
Las voces sin cesar:
Invocando á la augusta
Reina del paraiso,
Que á Zaragoza quiso
Benigna visitar.

II.

Y vosotros, oh niños,
De inocencia modelo,
Con religioso celo
Acompañad tambien:
Tributando al sonido
De mágica armonía,
A la Virgen María
Debido parabien.

III.

Con ternura entrañable
Y respetuosa planta,
De la columna santa
Venid, venid al pié.
Ella es de nuestra gloria
Perenne monumento,
Sosten y fundamento
De la española fe.

El himno concluye así:

VI.

Orad, y enternecida
De la súplica vuestra,
Desarmará la diestra
Del Padre vengador:
Y la guerra que á España
Devasta fraticida,
Vereis desvanecida
Cual maligno vapor.

A PELAYO.

SONETO.

Domina al godo funeral desmayo
Del Guadalete en la sangrienta arena,
Aunque á la raza contrastó agarena
De su valor con el terrible ensayo.
Mas la voz del magnánimo Pelayo
Tras la pelea varonil resuena,
Cual súbito fragor, que bronco atruena
Al estallar el tremebundo rayo.
A los ecos de glorias y esperanzas,
Templa la patria su dolor profundo,
Y al caudillo confía la venganza.
Combate y ciñe láuro sin segundo,
Y el imperio español ve en lontananza,
Que abarca al nuevo y al antiguo mundo.

Cuando el Sr. Bono Serrano escribió y publicó el anterior soneto, no habia cumplido todavía los primeros seis lustros de su vida. Hoy, que está ya cerca de llegar á setenta navidades, acabamos de ver en la primera página de *La luz del siglo ilustrada*, periódico de Madrid, otro soneto del mismo vate, que dice así:

A LA MUERTE DE LA POETISA AVELLANEDA.

Madrid, Febrero de 1873.

Cuando en hora fatal cadáver Larra
Cayó infeliz á impulsos criminales
De violentas pasiones infernales
Que cruel inflamó Filis Navarra,
La cristiana Madrid, noble y bizarra,
Le tributó solemnes funerales,
Y lamentaron cisnes inmortales
Aciago fin que el corazon desgarró.
Abren la tumba á la sin par cantora,
Y casi nadie al cementerio asiste,
En que paz y perdon el alma implora.
Horrible ingratitud! Epoca triste!
La fe y el pundonor, brillan ahora?
Mi patria, oh Dios! Mi patria ya no existe.

DOMINGO HÉVIA.

(Se continuará.)

Debemos á la amistad de los eminentes poetas sevillanos doña Antonia Diaz de Lamarque y D. José Lamarque de Noroa, el placer de engalanar las columnas del CORREO con la siguiente novela, debida á la pluma de una nueva y ya distinguidísima escritora.

Seguros de que complacerá infinitamente á nuestras lectoras como nos ha complacido á nosotros, enviamos desde luego en nombre de todos, nuestros fervientes plácemes á la modesta jóven, augurándola un lugar esclarecido entre los literatos españoles.

CLEMENCIA.

A mis buenos amigos doña Antonia Díaz de Lamarque y D. José Lamarque de Novoa. LA AUTORA.

I.

Eran las nueve de una noche de primavera, en el año 1824.

A espaldas del Alcázar de Sevilla, por el lado del postigo contiguo á la huerta del Retiro, habia en esta época muchas callejuelas estrechas, húmedas y sombrías, alrededor de un viejo caseron, que ocupaba el sitio llamado hoy Plaza de doña Elvira.

Con el derribo del caseron desaparecieron las calles de la Muerte y el Ataud; pero quedan como estaban, las de la Vida, la Gloria y la Surona.

Esta última es tan triste, que parece vagar todavía en sus revueltas, la sombra maldita de la Hebrea parricida, cuya calavera es tradicion que se conserva enterrada en la pared de la casa que habitó.

Algunos faroles turbios, encerrados en redes de alambre, empezaban su agonía poco despues de encendidos, y la concluian ántes del toque de ánimas.

De esta hora en adelante, el único alumbrado del barrio eran dos microscópicos farolillos que la piedad de los vecinos sostenia en un retablo de la Virgen de la Soledad, el cual permanece en el lienzo de muralla de la huerta del Retiro.

II.

En la calle de la Surona, habia una casa pequeña, pobre, con paredes grises, que daban tristeza, y un solo balcon sobre la puerta.

La espalda daba á la calle de la Vida, frente al viejo muro de un jardin.

Tenia en estelado dos ventanas, la una baja, medio cubierta por un cancel de madera, roto y polvoriento; la otra estaba á la altura del primer piso y tenia cristales y cortinas blancas.

Habia además en ella dos macetas, una con un jazmin enfermizo y pálido, que parecia echar de ménos el sol y el suelo del vecino jardin; y la otra con un rosal blanco cubierto de rosas y capullos.

Estas flores delicadas, debidas solo á un esmero continuo, revelaban la mano de una mujer.

Penetremos ahora en la casa, atravesemos un patio cubierto de verdina, subamos la escalera y entremos en la habitacion, cuya ventana correspondia á la calle de Vida.

III.

La mala impresion que causaba el patio húmedo, los escalones ruinosos, y el corredor sombrío, desaparecia al pasar el umbral.

Habia en ella un perfume de limpieza y alegría, que podia considerarse como una perla olvidada entre el fango.

Era pequeña, sencillamente adornada con muebles pobres, que hacian extraño contraste con algunos pocos de maderas preciosas y delicadas labores; sobre la cabecera del lecho, que ocupaba uno de los ángulos, extendia los brazos un crucifijo cruzado por una rama de olivo bendito. Varios sillones de roble antiguos y una mesa redonda que ocupaba el centro de la habitacion, completaban el mobiliario.

Hemos olvidado un detalle.

Sobre la mesa habia un jarron de china magnífico, de extraordinario valor, el cual sostenia un ramillete de flores tan bellas y delicadamente combinadas, que hubiera podido adornar el gabinete de una reina.

IV.

Dos personas ocupaban la habitacion, sentadas la una al lado de la otra, cerca de la mesa; un anciano octogenario y una jóven; D. Juan de Leiva y su hija Clemencia.

El padre hojeaba varios papeles y parecia completamente ageno á cuanto le rodeaba.

La hija bordaba con actividad febril.

Don Juan de Leiva era de fisonomía simpática y noble, á pesar de sus ochenta años estaba ágil y robusto. Tenia estatura elevada, grandes ojos, de un gris azulado y cabellos blancos como la nieve.

Decendiente de una familia que pertenecia á la primera nobleza, honrado como él solo, generoso hasta privarse de lo necesario por socorrer á los desgraciados, despues de haber servido á su patria buena y lealmente con la inteligencia, el brazo y el corazon, arruinado por una série de inmerecidas desgracias, vejetaba olvidado de todos en la más completa y tristísima de las soledades.

Cuatro hijos varones que vivian en diferentes pueblos,



EL TALLER.

todos casados y en una medianía de las más modestas, reunieron entre sí una pequeña asignacion, con la cual procuraban sostenerse el padre y la hija.

Don Juan habia sufrido mucho. Estudioso y sediento de ciencia, empleó la mayor parte de su vida en trabajos y descubrimientos que hubieran podido grangearle una corona inmortal; pero la envidia mordió sus obras, las hizo caer á los golpes del ridículo; tachó de loco al inventor y se burló de él, quiso luchar y sus adversarios huían y le arrojaban como piedras las sátiras y los insultos; hasta que desilusionado y herido en el alma se apartó de la sociedad, que habia sido para él la más cruel de las madrastras, y se ocultó como en un sepulcro, en la miserable casa dónde lo vemos, y de la cual solo les pertenecia la sala alta y la baja.

V.

Dios, que habia probado la fé y el sufrimiento de Leiva en largas horas de amargura, tuvo misericordia de él para evitarle la desesperacion. Desvaneció las ideas en su cabeza, hasta convertirle en un niño de cabellos blancos, que se dejaba cuidar con perfecta indolencia.

Por fortuna, tenia en su hija un angel tutelar; siempre solícita, infatigable para el trabajo, risueña para distraerlo, que sostenia á su alrededor una atmósfera de paz, de comodidades y de cariño, que hacian un paraíso de los últimos años de su vida.

Sin que fuera Clemencia una hermosura deslumbrante, bastaba mirarla para sentirse atraído de dulce y misteriosa simpatía.

Habia cumplido veintiocho años, pero nadie la habia creído de más de veinte; era alta, esbelta, magestuosa y al mismo tiempo tan débil, tan delicada como esas preciosas flores que sólo viven en los invernaderos.

Blanca como la espuma del mar, sus megillas tenian el suave color de la rosa de Bengala: sus ojos eran garzos, grandes, rasgados, de mirada dulce y casta: el resto de las facciones armonizaba entre sí y aumentaba su atractivo, una sonrisa franca y benévola que con frecuencia animaba su fisonomía.

Pero el mayor mérito físico de Clemencia, era su magnífica cabellera, de un rubio pálido que se retorcia en gruesas trenzas con tan delicados reflejos, que parecia mezclaba sus ramales de cabellos con rayos de sol.

Despues de ver al anciano tan noble y tan digno, y á Clemencia con los ademanes tranquilos y magestuosos de una reina, no se reparaba en que sus trajes eran de telas bastas, y que el único adorno de ella consistia en una rosa blanca prendida en sus hermosos cabellos rubios.

VI.

Eran, como hemos dicho, las nueve de la noche. Al dar el reló la última campanada, Clemencia dejó el bordado y puso la mano sobre los papeles que el anciano hojeaba sin cesar.

—Las nueve, padre mio, dijo con una voz tan dulce y armoniosa como el canto de un pájaro.

Leiva alzó la cabeza y la miró entre risueño y suplicante.

—Un momento mas³ respondió, déjame acabar una de mis más preciosas observaciones, que de seguro me da el triunfo sobre mis eternos enemigos.

Clemencia exhaló un leve suspiro, y volvió la cabeza para que su padre no advirtiera la nube de tristeza que cruzó su frente, mientras él aprovechaba la tregua en escribir algunas líneas mas.

—Ya está: dijo, llévate á mis únicos y verdaderos amigos, pero no los pongas muy lejos, hija mia.

Clemencia quitó los libros, papeles y tintero que ocupaban la mesa, y cubrió esta con un mantel blanquísimo.

—Qué vas á darme de cenar? dijo Leiva con infantil alegría al ver estos preparativos.

—Oh! ya verá V. y espero que quedará contento.

Y puso un cubierto de plata gastado y dos platos de china, el uno con media perdiz, y el otro con almíbar de frutas.

Los ojos del anciano radiaron de alegría, pero un rayo de inteligencia le hizo murmurar mientras acariciaba con ellos á sus manjares favoritos.

—Pero esto es un lujo exorbitante, las perdices son muy caras.

—No tanto como buenas, pruébela V. Además, no ha costado nada, es un presente de mi buena María.

Santa y sublime mentira! era el producto de muchas horas de un trabajo ímprobo y delicado.

Clemencia sirvió á su padre, le cortó el pan en pedacitos, preparó café y llenó de agua una copa de cristal, mientras él saboreaba con delicia los primeros pedazos de perdiz.

Pronto se apercibió de que ella no cenaba.

—Estás mala? le preguntó con cariño.

—Oh, no señor! se apresuró á responder.

—Entonces, por qué no cenas?

—Porque no tengo apetito.

Al murmurar estas palabras, Clemencia se ruborizó hasta el blanco de los ojos: pues siempre temblaba que su padre comprendiera las privaciones que se imponia.

¡Pero cómo sostener en esta lucha de miseria dorada,



Pl. 170.

EL CORREO DE LA MODA .
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim. II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

el gasto de dos personas, cuando para las comodidades de una apenas alcanzaba?

La mirada distraída de D. Juan se fijó en el ramo de flores.

—Qué primavera tan deliciosa! murmuró, estas hijas de la naturaleza alegran nuestra soledad. Te digo de veras que paso perfectamente sin la sociedad de los hombres, pero sin la de las flores, creo que acabaría por morir de tristeza.

—Oh, Dios mío! dijo ella para sí, ¿qué sería de mí si no viera estas?

—Mucho las he amado, prosiguió Leiva, después de una ligera pausa; pero ahora me parece quererlas más que nunca: ellas me recuerdan las que tu buena madre cuidaba con tanto esmero, y al aspirarlas hallo en sus perfumes algo de su alma.

Esta memoria cubrió con un velo de lágrimas los dulces ojos de Clemencia.

—Cuando yo consiga triunfar de los que me persiguen y logre el premio de mis desvelos, prosiguió vuelto á su idea fija, saldremos de esta casa miserable, para un palacio suntuoso, que compraré con el precio de los estudios de toda mi vida, y verás, Clemencia, cómo hago de él un pequeño paraíso. Tendrás un jardín grande, inmenso, lleno de estatuas y bosquecillos, con surtidores que lo rieguen, sembrado de las más hermosas flores del mundo, y entonces no adornará tu habitación como ahora, un ramo solo, sino millares de ellos.

—Si eso fuera posible, pensó la joven, los daría todos por este.

D. Juan había concluido de cenar; púsose en pie y apoyado en el brazo de su hija, empezó lo que él llamaba un paseo.

Este consistía en andar de un lado á otro la reducida habitación, un número de veces indeterminado, hasta sentir cansancio.

Solo Dios sabe cuanta paciencia necesitaba la pobre joven para este ejercicio; que hacía más insufrible una continua conversacion sobre descubrimientos científicos, en que se extasiaba el enfermo cerebro de D. Juan.

Cerca de las diez dió las buenas noches á su hija, con un beso en la frente; y se retiró á la alcoba, separada de la sala por una cortina de percal.

Clemencia, activa y silenciosa, quitó los restos de la cena, añadió aceite á la lámpara, y volvió á tomar su labor, mientras escuchaba la acompasada respiracion de su padre, que un instante después de acostado, dormía tranquilamente.

VII.

Hay criaturas que parecen nacer destinadas á conocer solamente en el mundo las espinas del martirio, y Clemencia era una de ellas.

Había perdido á su madre, noble y santa criatura, que después de una vida de pruebas y amarguras sin nombre, se durmió en los brazos de su hija para despertar en los de Dios.

Un solo rasgo bastará para comprender el inmenso amor que la profesaba Clemencia.

Algunos años antes, y en los últimos de la guerra de la Independencia, un coronel joven, rico, noble y hermoso pidió por esposo á la joven.

Este enlace presentaba tantas ventajas, que los padres no se atrevieron á negar su consentimiento, por más que el pretendiente fuera un francés.

En aquella lucha desesperada, semejante nombre era un anatema horrible para todo buen español.

Pero Clemencia era una niña que no comprendía nada de las sañas que destruían á la nación, sintióse amada con delirio y correspondió con expansiva ternura.

Un día vió que su madre lloraba sin consuelo, mientras se afanaba en preparar la brillante canastilla de boda; á fuerza de súplica, logró arrancarla el motivo de su llanto.

Era que su Clemencia, el ángel de su casa y la luz de sus ojos, iba á casarse con un enemigo de su patria.

Clemencia la besó, la consoló, y desde aquel instante renunció á la union proyectada.

Las súplicas, los arrebatos y las promesas, se emplea-

ron sucesivamente para triunfar de su resolucion, pero todo fué en vano.

El brillante coronel, que sólo había ceñido en su vida laureles de victoria, tuvo que ceder ante una niña, y poco después, avergonzado quizás, marchó de Sevilla jurando no volver á ella jamás.

Pasaron años.

La casa de Leiva empezó á decaer, los hijos varones se casaron y fueron á establecerse lejos.

Clemencia quedó sola con los dos ancianos, fué el ángel tutelar que les dejó el cielo al arrebatarles todas sus demás alegrías.

Siempre adivinando sus pensamientos, se consideraba feliz, cuando sorprendía una sonrisa de satisfacción en aquellos dos seres á quienes tanto amaba.

Entonces fué cuando su madre murió colmándola de bendiciones.

Clemencia creyó volverse loca, y lloró con toda la ve-

ba y ménos podía responderla; Clemencia se conceptuaba feliz, porque guardaba en su corazón como el avaro su tesoro, las inefables alegrías de un amor correspondido.

Y no era el objeto de él un hombre oscuro, como pudiera suponer por su triste posición, sino un hermoso joven, cuya conquista se disputaban las mujeres más bellas de la ciudad.

Noble, rico y altivo, seguía una honrosa carrera que le aseguraba magnífico porvenir. ¿Por qué D. Félix de Mendoza, que desde mucho tiempo antes había manifestado á Clemencia un amor ardiente, contenido en los límites del más profundo respeto, se había declarado á ella dos años hacia, cuando sus circunstancias eran tan tristes, que no podía esperar de ningún modo?

¿Era que Dios le enviaba en él un protector generoso que premiara sus trabajos y sacrificios?

¿O solo una espina más en el calvario de su vida?

Esto es lo que veremos muy pronto.

IX.

La noche avanzaba.

Clemencia tenía los ojos enrojecidos é hinchados, pero había concluido su labor.

Un suspiro de satisfacción dilató su pecho al levantarse: el precio de ella bastaba para proporcionar á su padre durante una semana, todos los delicados manjares á que estaba acostumbrado y sin los cuales no podía pasar.

Acortó la luz, y andando de puntillas se acercó á la ventana, que abrió suavemente.

Hacia una noche tibia y deliciosa, brillaba el cielo como un tapiz azul en que hubieran arrojado una fabulosa cantidad de diamantes. La brisa, cargada de perfumes apenas mecía las ramas, y en el cercano jardín susurraba una fuente como el murmullo de un himno de admiración á las maravillas de la naturaleza.

Clemencia respiró con placer y una sonrisa dilató sus labios, inefable expresión de la mas hermosa esperanza: se acercaba para la pobre desheredada la hora de su única y suprema felicidad.

Doce notas vibrantes anunciaron desde la Giralda que un día había acabado y empezaba el otro.

Después la plegaria llenó el espacio de vagas y tristísimas melodías. Sus notas graves parecían despedir con gemidos el día anterior.

Los demás relojes, únicos centinelas de la ciudad dormida, repitieron la hora como una voz de alerta hasta desvanecerse en un concierto de gigantescos suspiros.

Unos pasos lejanos, pero que gracias al silencio, se distinguían levemente, atrajeron toda la atención de la joven; inclinóse hasta tocar la frente con la reja y esperó.

Acercáronse con rapidez: un hombre embozado entró en la estrecha calle y llegó á detenerse al pie de la ventana.

—Clemencia! murmuró tan bajo que sólo ella podía oírle.

—Félix!

Algunos instantes de silencio siguieron á estas palabras; después, la madera de la ventana baja crugió y la esbelta figura de Clemencia medio se adivinó detrás del carcomido cancel.

ISABEL CHEIX.

(Se continuará.)

LAS NIEVES DE LOS ALPES.

Magestuoso y sublime es siempre el espectáculo de la naturaleza, ya sea que el sol espléndido dore con sus rayos los campos sembrados de flores, los bosques perfumados, ya que la tormenta con su acompañamiento de truenos y relámpagos asole la tierra y encrespe los mares, ya por último, que ofrezca á la vista en dilatadísimas comarcas montes y valles yermos y cubiertos de nieve sempiternas.

La nieve es para una gran parte del globo, lo que las aguas del Nilo para el Egipto; cubriendo nuestras tierras de blancas y resplandecientes alfombras en la estación del invierno, impide que el frío destruya los granos y el



EPISODIOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN ZARAGOZA.



LAS NIEVES DE LOS ALPES.

hemencia de su alma apasionada; pero al ver á su padre que ante aquella inesperada desgracia, se hallaba en un estado próximo al idiotismo, sacó fuerzas de su misma debilidad para arrancarle de él; le mimó, le acarició, y cuando lo vió consolado, absorbió su pesar en lo más profundo de su corazón.

Solo cuando se hallaba sola, lloraba á su madre con la misma intensidad que el día en que la perdió.

VIII.

Clemencia vivía siempre encerrada en su casa; una mandadera le llevaba lo que necesitaba para el consumo diario.

Nadie la veía; entregada al trabajo, para aumentar la pequeña asignacion que recibía de sus hermanos, muchas personas en el barrio ignoraban hasta su existencia.

Pero en cambio, donde había una lágrima que enjugar ó una necesidad que socorrer, allí aparecía como una Providencia humana.

Privada hasta de la más insignificante distracción, siempre sola, sin tener siquiera el consuelo de poder hablar con su padre, pues D. Juan pocas veces la escucha-

gérmen de las plantas; y así calienta y fertiliza los campos. En las laderas del monte Atlas se ven desde el mes de Abril las puntas verdes de las espigas atravesar la diáfana superficie de la tierra, y crecer y desarrollarse á medida que se disminuye la nieve. Los habitantes de Saboya y Suiza, la deben toda su riqueza. Al regreso de la primavera los pastores conducen sus ganados á las faldas de las montañas, bendiciendo á la divina providencia que cuida de vestir á la tierra para preservarla del rigor de las estaciones.

El Monte Blanco, una de las cimas más elevadas de los Alpes, está siempre cubierto de nieve; en sus laderas se encuentran varios ventisqueros, cuyos hielos se derriten en parte durante el verano y que no obstante van aumentando continuamente en extension y en profundidad, hasta el punto de haber cubierto una porcion de comarcas y poblaciones, que en otro tiempo estaban habitadas, y de las cuales se ven todavía por cima de los hielos las cúspides de los campanarios.

Imposible es describir las maravillas que ofrecen aquellas gargantas inaccesibles, con sus fantásticos palacios y sus puentes de hielo, sus lagos que brillan como espejos, pintándolos el reflejo del sol pálido de invierno, con todos los colores del arco Iris, sus profundos abismos, sus cavernas misteriosas.

Sin embargo, no siempre el cuadro es tranquilo. A veces se oyen crujir aquellas inmensas moles, y los témpanos ó peñascos de hielo, se precipitan como una avalancha de lo alto, viniendo á caer sobre las pintorescas cabañas agrupadas en el llano, envolviéndolas para siempre en un blanco sudario.

A veces estas ciegas y furiosas avalanchas, vienen á truncar un idilio de amor.

Recuerdo una tarde, en que paseando por las gargantas de los Alpes, y admirando los cuadros prodigiosos que se ofrecían á mi vista por todas partes, mi guía me detuvo, y enseñándome un monton de nieve caído sobre el llano en forma de campana, me dijo suspirando:

—El trascurrido otoño, ha sido fatal para los que habitaban en aquel páramo ahora, y ántes risueño paraíso.

Dos jóvenes esposos que habian visitado varias veces estos hermosos lugares, se mandaron construir allí un delicioso chalet, sin presumir que mandaban labrar su tumba. Habian visitado los Alpes en verano; no sabian lo que son en el invierno.

Vinieron á encerrar en el chalet su dicha, para ocultarla á las miradas importunas del mundo, y para acabar de convertir su pintoresca mansion en cielo, trajeron consigo al primer ángel, fruto de su amorosa union.

Pasaron aquí el verano, decididos á regresar á su patria en el invierno; ¡pero era tan grata esta soledad, era tan bello el panorama que se ofrecía á sus ojos! Los montes se fueron cubriendo con dobles capas de nieve, los lagos se fueron cristalizando y los vientos bramando entre los ventisqueros, parecían proferir contra ellos sus terribles amenazas.

Los jóvenes esposos prepararon su marcha, interrumpida hoy por una expedición á una cripta célebre, mañana por visitar una gruta de estalácticas.

Una noche, mientras estaban ámbos sentados al lado de la cuna de su hija, oyeron un horrible estruendo, y se hallaron sepultados bajo una masa de nieve. Era uno de los primeros aludes desprendido de la montaña.

¡Cómo pintar la escena de desolacion y espanto que tuvo lugar entonces!

Ay tristes! Asfixiados por la falta de aire, sumidos en las tinieblas, sin esperanza de salir de aquella horrible sepultura!

El esposo era enérgico; comunicábale una energía sobrehumana, más que el propio peligro, el peligro de aquellas queridas prendas de su alma condenadas á segura muerte. Procuró romper la muralla de nieve; pero una capa venía á sobreponerse á otra capa, inutilizando sus esfuerzos. Y entre tanto los momentos volaban y la muerte venía lúgubre, implacable, á cerner sobre ellos sus negras alas. Su esposa y su hija quedaron rendidas á mortal desmayo; él pudo por fin abrir un agujero, salir aunque herido y ensangrentado, pedir auxilio... ¡Era ya tarde!... Cuando volvió seguido de algunos aldeanos, cuando estos con sus piquetas pudieron abrirse paso, sólo hallaron dos cadáveres.

El infeliz, que por su mal sobrevivió á la catástrofe, se ha vuelto loco, y anda errante por estas montañas llamando en vano á su esposa y á su hija!

NICASIO ALVAREZ.

LOS TRES ARTISTAS.

Reuníanse en Maguncia, á mediados del siglo XV, tres artistas de gran corazon y superior inteligencia, Juan Fust ó Faust, platero de aquella ciudad, Juan Guten-

berg, natural de Strasburgo, y Pedro Schœffer, que habia saludado la primera luz del sol, en Gernsheim, en el Hesse Darmstadt.

Tiempo hacia ya que los dos primeros trabajaban secretamente para alcanzar el mayor de los prodigios, el invento que debia en breve plazo trasformar la paz del universo.

Tratábase nada ménos que de trasladar al papel, por medio de un mecanismo y con una rapidez increíble, las obras cuya copia costaba años y años á los que por entonces se dedicaban á tan trabajoso aunque pingüe oficio. Esto no podia llevarse á cabo sin prolijos estudios, repetidos ensayos y enormes dispendios, á los que hacia frente Juan Fust con una decision extremada. Ya éste y Gutenberg, habian intentado llevar á cabo su pensamiento por medio de planchas de madera esculpidas, como se practica hoy para el grabado en madera, luego por medio de caracteres movibles de madera, y por último, por medio de matrices fundidas. En tal estado, vino á unirse á sus esfuerzos los no ménos poderosos de Pedro Schœffer.

Habia entrado éste como aprendiz en el taller de Juan Fust, en edad muy temprana, pero asombrado el maestro de su talento y rapidísimos adelantos, le consideró en breve como asociado suyo, casándolo despues con su misma hija.

De grande auxilio fué á los inventores el concurso de Pedro, á quien se atribuye el haber sustituido los punzones á las matrices fundidas, y aún algunos le suponen, si no el inventor de la imprenta, al ménos el que dió la palabra del enigma.

De todos modos, al esfuerzo de los tres se debe ese maravilloso arte que tanto ha influido en la civilizacion moderna.

Gutenberg, Faust, Schœffer! Estos tres nombres unidos y confundidos, han pasado juntos á la posteridad: sus tres cabezas están representadas juntas en las medallas y monedas, como sus genios estuvieron unidos y absortos en un mismo pensamiento.

Sin embargo, Gutenberg fué quien recogió mayor parte de gloria, quizás por haber sido quien inició la idea. La ciudad de Strasburgo, celebrando el cuarto aniversario secular de la invencion de la imprenta, le elevó una magnífica estatua, que fué inaugurada con gran pompa el 24 de Junio de 1840.

EDUARDO LOPEZ.



A ZARAGOZA.

¡Salve, noble Ciudad y valerosa,
Cuya frente gloriosa
Ceñida de laureles se levanta!
¡Tú, que en la guerra santa
De Independencia nacional te alzaste
Y al águila altanera
Paraste en su carrera
Y su tremendo empuje rechazaste!
¡Tú, que sin otras armas
Que el pecho de tus hijos por escudo
Volaste á la victoria
Escalando las cumbres de la gloria,
Zaragoza inmortal, yo te saludo!
Y al contemplar mis ojos
Esas deshechas torres,
Y tu frágil muralla derribada,
En propia sangre y del francés bañada,
Tus hechos memorables
Mi mente acalorada
Vivos se representa,
Y al corazon acude arrebatada
La sangre aragonesa que me alienta.
Y santo y noble orgullo el pecho inunda
Al recordar que entre su noble ruina
Padron glorioso de española audacia,
No envidian el Portillo y Santa Engracia
Palmas de Marathón y Salamina.

A la apacible sombra
De tus álamos blancos reclinada;
Del Ebro caudaloso
Por las corrientes límpidas bañada;
Rodeada de mirtos que mecían
Las áuras del Moncayo,

Y de tiernos pimpollos que se abrian
Del sol naciente al amoroso rayo,
Descuidada y en paz, feliz matrona,
En brazos de tus hijos reposabas,
Y en tu frente purísima ostentabas
Tu entonces ya magnífica corona.

Un grito de repente
Llega hasta tí de inesperada guerra,
Unido al que doliente
Baja de la alta sierra
Tremendo á publicar que estraña gente
Entrando va ta profanada tierra:
Y como el ronco trueno
Al relámpago sigue, al triste grito
Sigues de cerca el rechinar horrible
De trenes y cañones,
Y el rudo galopar de los caballos,
Y el pisar de apretados batallones.
"Alto, á lidiar; ¡traicion! á mí, hijos míos:
España y libertad!" fiera gritaste;
Y acudieron sus almas generosas,
Y tú sobre sus frentes valerosas
La santa cruz del Salvador alzaste.

Dignos de tí vinieron
Los que tu brio acometer osaron:
Que á tal no se atrevieron,
Ni delante de tí se presentaron
Con la frente serena,
Sin que ántes á la Europa avasallaran
Y sus doradas águilas orlaran
Verdes laureles de Marengo y Jena.

Así es mayor tu gloria:
Los que vieron cual frágiles aristas
Caer cetros, y reyes, y naciones
Hollados en las rápidas conquistas
De sus bien enseñados escuadrones,
Con asombro y respeto
Ven á tus hijos fuertes
Que entre el ronco clamor de la batalla,
Y al seco redoblar del parche herido,
Y al tremendo rugir de la metralla,
Y del que espira al fúnebre alarido,
Y al crujir espantoso
Del desplomado techo,
Tras la vigilia de la noche larga,
Tranquilo el corazon, desnudo el pecho,
En confuso monton van á la carga.
Y una vez, y otra vez, el choque rudo
De la aguerrida gente rechazando,
Y un muro de cadáveres y escombros
En la rasgada brecha levantando,
A los pueblos asombras,
Que en tí sus ojos fijan,
Y de Entenza y de Flor las nobles sombras
En tu gloria inmortal se regocijan.

Esos tus bravos hijos
Dignos hermanos son de los que un día
Con increíble arrojo,
Desafiando el hambre y el cansancio,
Ante las barras de Aragon ilustres
Temblar hicieron á la Gran Bizancio.

Eterna vivirás, oh Zaragoza:
Y para el pueblo que en futuros tiempos
Oprimido se sienta,
Y en las páginas limpias de la historia
Tu valor sin segundo lea escrito,
De santa guerra y de futura gloria
Tu immaculado nombre será el grito.
Sí, que ya en nuestros días
Otra ciudad valiente
Tus ejemplos magnánimos imita:
A sacudir el yugo que la agobia,
Entre rios de fuego moscovita,
A tu nombre inmortal lidia Varsovia.

Honor á tí, que en tan horribles pruebas
Tu fama eternizaste,
Y briosa ganaste
De invicta el nombre que glorioso llevas.
Invicta, sí, invencible;
Que si tu puro suelo al fin pisaron,
Fué porque juntos sobre tí cayeron
La peste, el fuego, el hambre,
Y en tus entrañas su furor cebaron:
Los rigores del cielo te postraron;
Las fuerzas de los hombres no pudieron.

JULIAN ROMEA.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuacion).

CAPITULO VIII.

ERNESTINA CONVERTIDA EN ENFERMERA DE MAGDALENA.

Un mes hacia que Ernestina, con la más noble generosidad, estaba á la cabecera del lecho de su antigua enemiga. Ernestina la prodigaba los mas tiernos cuidados, y como pudiera haberlo hecho una hermana cariñosa, adivinaba en las miradas de la enferma hasta sus menores deseos.

Para que la poetisa entrase en el convento, fué necesario revelar á la priora la historia de su sobrina. Sor Angela se encargó de ello, y lo hizo de modo de atenuar en lo posible las faltas de Magdalena; pero al oír Sor Luisa, tal cúmulo de desdichas y horrores se aterró y no supo qué decir: mas Angela, con una caridad evangélica, le demostró que era preciso pensar en la curacion de su sobrina sobre todas las dificultades.

La priora le contestó que todo lo dejaba á su cuidado, y Angela, aprovechándose de esta orden, recibió en el convento á Ernestina, y aún permitió la entrada al General alguna vez.

Ernestina habia aborrecido á Magdalena, pero al verla lloró de lástima, porque era muy buena cristiana y sabia las sagradas máximas de nuestra religion. Perdona para que te perdonen. La poetisa al mirar aquella infeliz víctima de su vanidad, demacrada, enferma y loca; al recordar como ella la conociera llena de hermosura, rica y rodeada de aduladores, no podia ménos de compadecerla y orar con fervor para que el Señor la perdonase, y la devolviese la salud.

Dios oyó las súplicas de la que tenia más motivos para quejarse de Magdalena, y á los quince dias de estar á su lado recobró la enferma su juicio. Al ver á la poetisa á la cabecera de su lecho, Magdalena no sabia cómo darla las gracias.

La poetisa la mandó callar, y no quiso oír las expresiones de su justo agradecimiento. Magdalena selló sus labios, pero sus ojos hablaron por ella.

Pronto conoció Ernestina que si el General amaba á Magdalena, ella le correspondia en el mas alto grado, y se estremeció temiendo ver á su hermano á una dura prueba sometido.

Magdalena habia recobrado la razon, pero no la salud. Más decaída de dia en dia, su palidez y su debilidad hacian presagiar un próximo y triste fin.

Ya se pronunciaba en voz baja junto á ella la horrible palabra *tisis*. ¡Ah, que esta cruel enfermedad habia llevado al sepulcro á su primera víctima y era la pena del talion la que pesaba sobre ella. Tanto Ernestina como Angela, que eran extremadamente religiosas veian en el mal de Magdalena el dedo de la justicia de Dios.

No siempre el General veia su estado bajo el mismo punto de vista; ciego por el amor, engañado por las apariencias de vida que presta su estado febril á los enfermos del pecho, las mas de las veces se entregaba á plácidas ilusiones y forjaba sueños de dicha para el porvenir.

—Casarnos, decia entonces Magdalena estremecida, ¿y mi voto de estar toda la vida con el rostro cubierto?

—Amor mio, la contestaba Augusto, cuando hiciste ese voto no estabas en tu cabal razon, y aún cuando estuvieses, el Sumo Pontífice puede dispensarte ese voto, porque ninguno pronunciaste, ni de clausura, ni de castidad, que serian mucho más serios é imposibles de romper.

Magdalena se sonreia al escuchar estas palabras que estaban tan conformes con sus sentimientos. Angela y Ernestina se miraban aterradas al comprender la locura de aquellos dos desgraciados que no conocian su situacion; él que amaba á un ser cuyos dias estaban contados, y ella que se estaba muriendo. Magdalena, rodeada de Augusto, Angela y Ernestina, era dichosa, oh! dichosísima.

Cuando reunidos los cuatro, la enferma se quejaba de alguna dolencia, todos querian servirla á porfia. La hermana, la amiga y el amante. Ella alzaba los ojos al cielo y daba gracias á Dios con una mirada por su gran misericordia hácia una pecadora tan grande. Habia ab-

jurado completamente de su vanidad, y jamás queria mirarse al espejo, ni aún cuando Angela ó Ernestina peinaban sus largos y hermosos cabellos.

Esto era una felicidad para ella, porque si no hubiera visto retratada en el cristal su palidez. Tambien se obstinaba en tener siempre puesto el antifaz, y para que se lo sacase, eran inútiles las súplicas de su amante. Contestaba que en cuanto el Papa no la dispensase su voto, queria cumplirlo, para impetrar de la justicia de Dios su mejoría.

Prometíale Augusto que en cuanto se mejorase partiria él á Roma á suplicar al Santo Padre la dispensacion de su voto; pero Magdalena, á pesar de esto, no queria dejar de cumplir su penitencia.

Tambien habia resuelto no llevar á efecto su matrimonio si Ernestina no consentia en dar su mano al Conde, y como esta se resistiese, solia decir que ella tampoco lo haria, pues era señal de que sus culpas no estaban todavía perdonadas.

Desesperábase Augusto con semejantes contrariedades, reconvenia á su hermana por oponer así obstáculos á su felicidad; pero la poetisa, enérgica y firme, contestaba con un *no* á sus quejas, á sus súplicas ó á sus lágrimas.

Asistía Angela con suma pena á las querellas de ambos hermanos, y un dia que Augusto y Magdalena estaban distraídos, dijo á Ernestina que tuviese caridad, que prometiese cuanto la enferma quisiese, porque desgraciadamente no la pondria en el caso de cumplir su palabra, y que hiciese felices los últimos dias de Magdalena. La poetisa comprendió que tenia razon, y que debia endulzar en cuanto le fuese dable los últimos momentos de una moribunda. Desde aquel dia prometió á la dama del antifaz que los dos enlaces se celebrarían juntos, y que un mismo sacerdote uniría á las dos parejas. La alegría del General fué inmensa, y la calma volvió á restablecerse entre aquellas cuatro personas tan queridas. Desde aquella promesa Magdalena se sintió mejor, tanto, que Augusto lleno de ilusiones y esperanzas, participó á la Priora su deseo de casarse con su sobrina, y obtuvo su consentimiento.

Deslizáronse rápidamente dias muy felices que hicieron más lúgubre y amarga la catástrofe que arrastraron en pos de sí; cuando todo estaba ya dispuesto para el casamiento de Magdalena, cuando ésta, en medio de su engaño, creia ver llegar al Conde de Rosental para ser esposo de Ernestina, experimentó una terrible recaída que la puso á los bordes del sepulcro.

Si el estado de la mujer adorada no hubiera bastado á arrancar la venda de los ojos de Augusto, se la hubiera arrancado el fallo pronunciado por los médicos que velaban á la cabecera de su cama. ¡Magdalena estaba condenada á muerte!

Lo que experimentó el infeliz amante al oírlo, fué igual á lo que experimentaria el que desde el Eden se sintiese precipitado al abismo. Sintió un puñal atravesado en su corazon, y ni aún tenía lágrimas para llorar tamaña desventura.

Cuanto más inesperado es un golpe, más se siente, y así el dolor de Augusto fué mucho más intenso que el de Ernestina y Angela, que aguardaban el funesto suceso, porque sabian que su pobre amiga estaba herida de muerte.

Augusto, lejos de esto, habia dicho la víspera á la amada de su corazon:

—Querida mia! La primera hija que tengamos la pondremos el nombre de Ernestina, y la casaremos con el hijo de mi hermana, y así será la segunda Ernestina Ponce de Leon, Condesa de Rosental.

Magdalena al oírlo, le habia estrechado dulcemente la mano, mientras de sus ojos brotaban dos lágrimas de celestial alegría.

Y ahora perderla, perderla sin remedio.

Ay, desdichado Augusto!

CAPÍTULO IX.

DONDE EL LECTOR VERÁ QUE LA DAMA DEL ANTIFAZ, ERA TAN HUMILDE COMO VANA HABIA SIDO EN OTRO TIEMPO.

Habian pasado ocho dias desde el ataque de Magdalena. Era una tarde oscura y fria del mes de Octubre, y un viento impetuoso agitaba las hojas amarillas de los árboles de la huerta del convento de Santa Bárbara.

En la pequeña celda que ocupaba Magdalena, habia cuatro personas, la ventana estaba abierta á pesar del aire, pues la pobre enferma así lo habia querido, porque faltando aire á su pecho, se ahogaba. Estaba sentada en un ancho sillón de brazos que habia al lado de la ventana, apoyado el respaldo en el alfeizar: de modo que el viento agitaba á cada momento sus cabellos. Consistia su

traje en una túnica de terciopelo blanco, la que la hacia parecer un ser extraño y sobrenatural; habia sido capricho suyo el vestirse así, y Ernestina no queria oponerse á sus deseos. Tenia el talle ceñido por un cinturón de oro, y estaba tan delgada que daba miedo el ver su cintura; parecia que iba á quebrarse. El rostro, cubierto con el antifaz de terciopelo negro, la asemejaba todavía más á una aparicion fantástica.

A la derecha de Magdalena, sentada en una silla, estaba Ernestina, elegante y graciosa como nunca. Vestía un traje de glase, color de avellana, y una manteleta de terciopelo negro. El semblante de la poetisa estaba triste, pero lleno de frescura. De aquellas dos mujeres, que la una tanto daño causara á la otra con su célebre hermosura y vanidad; la culpable estaba moribunda, y la ofendida radiante de salud. ¡Altos y sublimes juicios de Dios, que ensalza al soberbio para despues hundirle desde mas alto! y hace sufrir al virtuoso y humilde para luego recompensarle.

A la izquierda de Magdalena, en otra silla, se veía á Angela, en cuya fisonomía, como siempre, estaba impresa la virtud cristiana. Aparecía triste, porque miraba próxima á bajar al sepulcro á su única amiga y protectora.

El General estaba sentado en un taburete, á los piés de su amada, mirándola con insistencia, y teniendo entre las suyas una de sus blancas y diáfanas manos. Augusto en ocho dias habia envejecido diez años, sufría un tormento lento, horrible y acompasado como la péndola de un reló, viendo extinguirse por momentos la vida de la mujer á quien amaba. Su amor era impotente ante la suprema voluntad de Dios que llamaba así á aquella infeliz.

Reinaba el más triste y solemne silencio entre aquellas cuatro personas; ninguna se atrevia á pronunciar una palabra temiendo afligir á las otras; pero la enferma tuvo más valor que todos, y dijo con voz débil estrechando la mano del General.

—Augusto, mira esas hojas amarillas que caen de los árboles, y que el viento arremolina; cuando esas hojas dejen del todo desnudos los árboles que cubren, yo habré dejado de existir. Hoy es el 29 de Octubre, pues el 2 de Noviembre, dia de difuntos, me moriré. Oh! añadió con aire de la mas desgarradora seguridad, he sido muy mala y Dios no quiere dejarme vivir para que sea tu esposa; pero, añadió con mas dulzura, de qué me quejo? No muero entre personas amigas? Ernestina me perdonó todo el mal que la hice, y me llamaría con gusto hermana. Angela, que siempre fué mi amiga, á quien debí las primeras lecciones de virtud. Y tú! noble y digno caballero, que sin conocerme me ofreciste tu nombre y tu mano. A todos os tengo á mi lado ¿qué mas puedo apetecer? qué muerte mas dulce podría llevar? ¡Oh, ahora creo que el Señor tomará en cuenta la espacion de mis crímenes y me recibirá en su seno!

El General y Angela prorrumpieron en desgarradores sollozos.

E. FEIJÓO Y DE MENDOZA.

(Se continuará.)

Explicacion del Figurin 1074.

FIG. 1.^a *Traje para visitas*.—Vestido de Pekin satinado, color de moda. Un volante á picos por ambos lados, bordado de soutache y atravesado por dos ruches guarnece la falda. La polonesa terminada en picos ribeteados de raso, va tambien realzada con un rico bordado de soutache. Cinturon echarpe con caídas flotantes por atras y lazos con caídas en las mangas. Cuello y mangas interiores, de encaje. Una peineta de concha adorna el peinado.

FIG. 2.^a *Traje para niño de dos años*.—Vestido de cachemir blanco, guarnecido con bieses de tela escocesa. Los bieses, las ondas y el cinturón, van ribeteados de cachemir encarnado. Echarpe escocesa; botitas blancas.

FIG. 3.^a *Traje para recibir visitas*.—Vestido de poplin azul-oscuro. Polonesa del mismo color, bordada á soutache con seda negra, y adornada con un plegado de terciopelo negro, que forma fuelle en las mangas. Cinturon echarpe de cinta moiré negra, que se fija sobre el costado. Cuello, corbata y mangas interiores, de encaje. La corbata va realzada con un lazo de cinta azul. Una aguja de azabache en el cabello.



EL PERRO.

Entre todos los animales, el más notable es el perro. Su adhesión y su fidelidad son tan grandes, que suelen servir de ejemplo aun al mismo hombre. Siempre igual, así en la buena como en la mala suerte, ni aquella le atrae servilmente, ni esta le desvía. Después de haber disfrutado de los placeres y los manjares de la opulencia, se condena sin murmurar á las fatigas y al negro pan de la miseria; es el único amigo que no nos abandona al borde del sepulcro, adónde también le suele conducir el pesar de una separación eterna. Cuando Ulises volvió á su patria después de una larga ausencia, nadie le reconoció. La noticia que se había esparcido de su muerte, y más que todo, las mudanzas que habían producido en él las pesadumbres y el tiempo, explican suficientemente la poca impresión que produjeron sus facciones aun en sus más fieles amigos y servidores.

Su perro solo, consumido por la edad y las enfermedades, conoció á su antiguo amo. Se fué arrastrando hasta él, manifestando su alegría, y murió á sus pies del exceso de su gozo.

Algunos pueblos de la antigüedad tenían al perro en tanta estimación, que le habían dedicado una especie de culto. Los egipcios le adoraban con el nombre de *Anubis*, y los griegos le colocaron en el cielo en el número de las constelaciones, dándole el nombre de *can*.

Sócrates, uno de los siete sabios de Grecia, juraba por el perro, considerando á este animal como símbolo de la franqueza y la fidelidad, y Alejandro el Grande, rey de Macedonia, hizo edificar, en honor de su perro, la villa de *Pebite*. Los celtas llevaban al ejército batallones de perros, que les servían de vanguardia. Iban armados de collares de puntas de hierro, y cubiertos con corazas y láminas de acero. Se dejaban matar hasta el último, sin retroceder un paso, y más de una vez decidieron de la victoria.

La desventurada María Antonieta conservaba en su prisión del Temple un perrillo faldero, el cual la siguió cuando la trasladaron á la Conserjería; pero como allí los carceleros no le dejaban pasar de la puerta del calabozo, se estableció el fiel animal junto á ella, á pesar de las persecuciones, amenazas y aun los golpes de los gendarmes. Burlaba su vigilancia con la astucia, desarmaba su enojo con su humildad y mansedumbre.

Cuando le apretaba el hambre iba á comer á las casas vecinas, y volvía á la puerta de la prisión, de donde no faltó jamás ni de día ni de noche. Muerta en un cadalso la infeliz María Antonieta, su pobre perrillo (que vivió hasta 1795) conservó inalterable su costumbre, sin haber querido jamás darse á otro dueño, como lo testificaron los vecinos inmediatos á la Conserjería, que le socorrian y no le daban otro nombre que el *perro de la reina*.

Pudiéramos citar aún muchísimos rasgos de fidelidad é inteligencia de este noble animal; pero terminaremos con uno solo, para demostrar su maravilloso instinto.

Lady Marc-Orthy, viuda de un señor escocés, habiendo llegado á Londres, perdió el mismo día de su llegada á una niña de cuatro años, y después de haberla buscado inútilmente, no pudiendo soportar aquella terrible desgracia, se precipitó en el Támesis. Antes de verificar su designio hizo testamento, dejando la cuarta parte de su caudal al que encontrase á su hija, una suma considerable para practicar nuevas diligencias, y una pensión al aya de la niña, junto con todos los demás objetos de su pertenencia, entre los cuales se contaba un perrito de casta inglesa. Llamábase el aya *mistress Callop*, quien perdida ya la esperanza de encontrar á su pequeña Lucy, volvió á su país, hasta que asuntos de familia la llamaron de nuevo á Londres.

Un día, que estaba parada delante de una tienda de Orfordstreet, acompañada de su perro, vió que éste de repente se estremeció, y corriendo detrás de una niña de diez años, empezó á dar saltos á su alrededor, y cogiéndola del vestido, intentaba arrastrarla hacia su ama.

La niña, que iba acompañada de un hombre, se detu-

vo perpleja, y por último, como si el perro hubiese despertado en su memoria un lejano recuerdo, se abrazó á él, y examinándole el collar, gritó con voz conmovida: *Leon*. Al oír este nombre el perro, pues se llamaba así, multiplicó sus extremos de alegría. Acudió el aya, se arremolinó la gente, en vano el hombre quiso llevarse á la niña; la multitud arrastró á todos los actores de aquella escena ante el magistrado, quien interrogando á la niña, concluyó que en efecto ésta era *Mis Lucy Marc-Orthy*, heredera de más de 60.000 libras esterlinas, y que había debido el recobrar su posición y su fortuna á la fidelidad de su perro.

Concluirémos con el admirable retrato que hace de este noble animal, el sabio naturalista Mr. Buffon:

"Una naturaleza ardiente, colérica, hasta feroz y sanguinaria, hace que el perro salvaje sea temido de todos los demás animales; pero cuando se le domestica, estas cualidades se cambian en amor, docilidad y abnegación.

Entonces depone á los pies de su amo su valor, su fuerza y sus habilidades. Fijos siempre en él los ojos, aguarda sus órdenes, le consulta, le interroga, le suplica, y basta con una mirada, para que sin mas reflexión obedezca á sus mandatos. Sin tener quizás como el hombre



LOS PERROS.

la lucidez del pensamiento, tiene el calor del sentimiento, y le sobrepuja en la fidelidad y en la constancia de sus afectos. No conoce la ambición ni el interés; no conoce la venganza. No le asalta ningún temor, más que el de no saber agradar.

Es todo celo, todo ardor y todo obediencia. Más sensible al recuerdo de los beneficios que al de los ultrajes, no se revuelve contra los malos tratamientos; los sufre, los olvida, ó no se acuerda de ellos más que para aumentar su adhesión. Léjos de irritarse ó de huir, se ofrece voluntariamente á nuevos castigos, lame la mano, instrumento de dolor que acaba de golpearlo, no opone más resistencia que la queja, y desarma al fin á su amo por medio de la sumisión y la paciencia."

¡Ah, sí; si queréis un amigo fiel, criad á un perro!

FELICIA.

CORRESPONDENCIA.

Una madre de familia.—He aquí la receta de la tinta indeleble para marcar en lienzo. Se disuelve yoduro de hierro, en suficiente cantidad de agua destilada, y ya está hecha la tinta. Para servirse de ella hay que tener la parte de lienzo donde se va á marcar, empapada por un cuarto de hora en agua de goma, en la que se haya disuelto prusiato de protasa cristalizado. Después de seco el lienzo se pule bien con marfil ó con cristal, y se escribe con la tinta preparada, la que resiste al jabón, á las legías fuertes y aun á los reactivos químicos.

Una suscritora.—Los cachemires y demás telas de la a,

Ayuntamiento de Madrid

se lavan con la preparación siguiente: En siete litros de agua se hace hervir un litro de salvado, y unas ramas de la planta llamada saponaria. Después de hervida esta mezcla, se cuele con un trapo, se lavan las telas sin torcerlas, se dejan secar y se planchan por el revés todavía húmedas. En cuanto á los fichús, corbatas y otros objetos de crochet ó punto de aguja, hechos con lana, se envuelven en bastante harina de flor, se golpean sin rotarlos, y luego se sacuden en el aire para que se desprenda la harina, quedando como nuevos.

La pasionaria.—Cuando compramos un traje debemos elegirlo de modo que pueda durarnos al menos dos años, y así es preciso no ceder á la tentación, eligiendo telas de un color ó de un dibujo marcado, ó dándole una hechura exagerada, y sobre todo escaseando la tela para poder trasformarlo si fuese necesario. Hay señoras que tienen llenos los armarios de cosas que podrían utilizar, y sin embargo compran sin cesar otras nuevas, ahora que la moda permite combinaciones tan lindas. La moda de este año es de transición. Las túnicas y las polonesas, las cretonas Pompadour y las demás telas floreadas, así como los bordados de soutache se llevarán mucho este año, pero es probable que sea el último. Su reinado toca á su término. La aconsejo á V., pues, que utilice lo que tenga, combinándolo de un modo gracioso, y que espere al año que viene, si es posible, para hacerse un traje nuevo, ó que cuando menos elija telas de un color modesto y de larga duración. El secreto de la verdadera elegancia consiste en vestirse al día y no amontonar trajes sobre trajes. Para viaje se llevarán los waterproofs, sobre faldas de terciopelo negro.

Soluciones á la charada inserta en el número XVI del CORREO, por las señoras doña Ignacia Trabadillo, de Villafila; doña Teodora Oscariz, de Bilbao; doña Segunda Astuero, de Zaragoza; doña Amalia Sanchez, de Cartagena; doña Gertrudis Osená, de Barcelona; doña Juana Martínez, de Sevilla; y los señores D. Lorenzo Prader, D. José Janáriz, de Peñaranda; D. Lúcio Arévalo y D. Tomás Meneses, de Santander.

Héla aquí tal como nos la remite un amable suscriptor:

No quiero carro sin toldo,
La carne sin pan no quiero,
Carnero que no esté gordo,
Ni bromas del Carbonero.

JOSÉ MARÍA SELVA.

Villena, 28 de Abril de 1873.

CHARADA.

Llaman á un niño
Prima y tercera,
Y es un pescado
Segunda y terciá,
De los mejores
Que el mar sustenta.
El todo es planta
Pero tan buena,
Que mil remedios
Se hacen con ella.
Mas es el caso
(No es cosa nueva)
Que al darle el nombre
Que ufano ostenta,
Un peregrino
Se nos presenta,
Muy peripuesto
Como si fuera
De romería
A Compostela.
Y si hay alguno
Que no lo crea
Fijese un poco
Cuando esto lea
En el sentido
Que el todo encierra.
Y tendrá entonces
Sin extrañeza
Al peregrino
En su presencia.

JERÓNIMO COUDER.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Se vende á 6 rs., y bastará enviarlos á esta Administración para recibirla franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el Figurín iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873.—Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).